

Re-escritura. Exigencia de Justicia

El prefijo “re”, al igual que el “post”, es, sin duda, uno de los que definen nuestra época. Se han hecho comunes términos como re-fundar, re-inventar, re-componer, re-vivir, re-escribir.

Es común, frecuentemente nos obligan a oírlo, la aplicación de éste último a la Historia. La Historia que vivimos y que, hasta ahora, nos habían contado no es la real, hay que re-escribirla, re-interpretarla, re-evocarla. No estamos con ello aludiendo a los nacionalismos que llevan esta tendencia inscrita en el ADN; tampoco, a los vencedores de guerras que vuelven a dictar la historia de modo que les justifique o favorezca; ni a ciertos políticos que narran lo que vemos de modo tan diverso a lo vivido que resulta irreconocible.

Es un hecho, hay eventos humanos imposibles de subsanar, como un asesinato. Puede existir una justa condena a tenor de las leyes humanas, pero, al asesinado, injustamente, nunca se le hará justicia. También estos sucesos lamentables, lamentablemente, con frecuencia, como estamos viendo estos días, se pretende reescribirlos. Nunca pueden resarcirse con una justicia completa. Esa justicia humana perfecta sencillamente no existe, como tampoco encontraremos la historia veraz y completa de todo el acontecer de los hombres.

Es por esto por lo que, las historias escritas en falso y la justicia incompleta en esta vida están exigiendo algo que no defraude los deseos ni la mente del hombre: el corazón inquieto por el bien y la exigencia de verdad de la inteligencia, innatos, inscritos en el ser humano... Como ser nostálgico se ha definido al ser humano. Anhelamos un momento en el que se conozca toda la verdad de los hechos y brille la justicia oculta por imposibilidad real o porque fue impartida por móviles ajenos a ese noble quehacer.

El sufrimiento de este mundo, comprensiblemente, hace surgir la protesta contra Dios (el mal es la roca de ateísmo). Pero, de igual modo, la pretensión de que la humanidad pueda y deba hacer lo que ningún Dios hace ni es capaz de hacer, es presuntuosa e intrínsecamente falsa. No casualmente, de la falsedad intrínseca de esta pretensión se han derivado las más grandes crueldades y violaciones de la justicia.

Un mundo que tiene que crear su justicia por sí mismo es un mundo sin esperanza y, a la postre, injusto. Nadie ni nada responde del sufrimiento de los siglos. Nadie ni nada garantiza que el cinismo del poder –bajo cualquier seductor revestimiento ideológico que se presente– no siga mangoneando en el mundo.

El secuestro de la verdad a la que el hombre tiene derecho, el mal injusto sufrido, lo irracional de que el verdugo triunfe sobre la víctima inocente, tantos muertos inocentes, los desheredados de la fortuna por las mentiras de otros, los parados que lo fueron por la avaricia del jefe, los que se granjearon riquezas injustas, los mentirosos y desleales, quienes robaron la honra, o la mujer, al prójimo... están exigiendo (son barrunto, diría Horkheimer) Alguien que apague, que llene, por fin, la exigencia de verdad y justicia que anida en el ser humano.

Jesús Yusta Sainz